

omnipotencia divina al poder de criar un número determinado de espíritus, así como una cantidad determinada de materia. Afirmaban que los géneros y las especies eran coeternos á Dios, defendiendo que no habia existido nunca sin criaturas. Y para colmo de sus absurdos decian, que los cielos y todos los astros estaban animados por almas racionales: porque siendo de figura redonda que es la mas perfecta, eran de mayor perfeccion que todas las demás criaturas. Por la misma causa los cuerpos debian tomar esta figura al tiempo de resucitar.

70. Ordenó Justiniano al patriarca Mennas que congregase á todos los obispos que residian en la capital, y los obligase á anatematizar por escrito á Orígenes con sus dogmas, y particularmente los artículos que hemos analizado <sup>(1)</sup>. Que acto continuo remitiese copias de todo lo que se hubiese tratado sobre esta materia á todos los demás obispos y á todos los superiores de monasterios, para que suscribiesen al anatéma. „Ningun obispo ni abad podrá ser ordenado en adelante, añade el Emperador, sin que haya anatematizado antes á Orígenes con todos los demás hereges que se deben condenar.” Advierte á Mennas por último, que ha enviado la misma declaracion á los demás patriarcas y al Sumo Pontífice. Remitióla en efecto, y todo el oriente suscribió á ella del mismo modo que Constantinopla.

71. Los monges origenistas se desesperaron de rabia al saber estas nuevas en Palestina. Separáronse al

(1) *Ibid.* pag. 670.

punto de la comunión de los que eran ortodoxos los hereges del monasterio de San Sabas; se espatriaron de la pequeña laura en la que no todos los monges profesaban iguales ideas, y acamparon á la inclemencia en medio del campo. Recurrieron despues á la proteccion de Teodoro, arzobispo de Cesaréa, que era su principal sostén y que entonces moraba en Constantinopla. Habia sido monge de la nueva laura de San Sabas, consiguiendo el título de exarca ó visitador. Habiendo ido despues á Constantinopla con pretexto de defender el concilio de Calcedonia, acompañado de otro abad origenista como él llamado Domicio, tuvieron tal arte para insinuarse en la corte y adquirieron tanto crédito, que ambos llegaron á ser obispos metropolitanos; Teodoro, de Cesaréa en Capadocia su patria, y Domicio, de Ancira en Galacia. Aconsejó por escrito el intrigante Teodoro á los monges cismáticos, que procediesen paso á paso, y que se limitasen por entonces á solicitar del patriarca de Jerusalem, que para consuelo de sus almas declarase nulo generalmente y sin esplicacion todo anatéma que no agrada á Dios. Rehusó al principio el patriarca Pedro, que pensaba con cordura, acceder á esta petición singular, en la que sin embargo no veía grandes obstáculos. Pero por último, ya por errada política, ó ya por la esperanza de reconciliar los ánimos, declaró lo que ansiaban. Advirtiése en breve que la condescendencia no era el verdadero medio de reducir á razon á estos apóstatas hereges: pues ni los mas moderados de entre ellos que ya habian vuelto á la

laura guardaron de allí adelante ningun miramiento, y principiaron á dogmatizar no solo con sus hermanos, sino tambien en todas las habitaciones inmediatas. Trocóse muy pronto este celo desenfrenado en odio contra los que no los escuchaban, y particularmente contra sus mismos hermanos. Cuando hallaban al paso algunos monges ortodoxos, los insultaban públicamente llamándolos Sabaitas, por irrision de su santo maestro, y á veces daban dinero al populacho para que los maltratase.

72. Los monges católicos que componian el menor número no se alarmaron con estos insultos, mas perdieron de vista las costumbres humildes y las mortificaciones que egereitaban. No quisieron observar que el valor militar y el religioso se distinguen tan abiertamente como el morrion y el cilicio, y pusieron su gloria, no en sufrir sino en repeler la violencia. Cerca del Jordan habitaba una colonia de monges tracios, que no obstante la mudanza del clima y la santidad de su profesion, conservaban el natural duro y áspero con la estatura y fuerza ordinaria á las gentes de su patria. Convenciéronse que no podian usar mejor de estas cualidades naturales, que defendiendo vigorosamente á los celosos de la sana doctrina, y marcharon divididos en destacamentos, haciendo consistir su religion los mas fervorosos en llegar los primeros. Dispúsose todo al momento para venir á las manos; mas los católicos que no habian olvidado del todo el evangelio y no querian ser los agresores, aguardaban con bastante tranquilidad en la hos-

pedería de la laura mayor (1). Los enemigos menos escrupulosos los trataron de cobardes, y corrieron en tropas á forzar aquel puesto avanzado. Ya rompian las rejas de las ventanas, y arrojaban una nube de piedras á sus antagonistas, cuando uno de los monges tracios llamado Teódulo, perdiendo la paciencia y tomando una pala en la mano, salió contra los sitiadores con tal resolucion y espíritu, que él solo los dispó aunque eran cerca de trescientos. Aseguran que era tan valiente y dominador tan perfecto de sí mismo, que tuvo la precaucion de no herir á ninguno. Mas no lo hicieron así sus enemigos, quienes le hirieron de tal modo con una pedrada que murió dentro de breves dias.

73. Los cismáticos preveían que tarde ó temprano llegarían á oídos de Justiniano estas violencias de que eran los autores, y así procuraron á lo menos aprovecharse de la distancia en que estaban de Constantinopla, á la sombra de la astucia y crédito de Teodoro de Capadocia que era su protector, ganando tiempo suficiente para pervertir al mayor número de monges. Murió en estas circunstancias el superior de la laura grande, y nombraron en su lugar á un origenista llamado Jorge, á quien pusieron en posesion con mano armada. San Juan el Silenciarío tan célebre por su amor al retiro y al recogimiento, no dudó abandonar su celdilla, en la que habia vivido como sepultado tan largo tiempo, y se retiró al monte Olivete ó de los Olivos, prefiriendo á cualquiera otra

(1) *Vit. S. Sab. pag. 368.*

consideracion la seguridad de su fe y la edificacion pública. Su ejemplo tuvo muchos émulos entre sus mas dignos compañeros.

Bien echaba de ver el obispo herege de Cesaréa, que venciendo su partido por efectos de la violencia y de un manejo que procuraba ocultar al Emperador, no podían ser duraderas las victorias. Atacó, pues, á este Príncipe por su debilidad, esto es, por su propension á intervenir en los negocios de la Religion, proponiéndose convencerle á que hiciese condenar á Teodoro de Mopsuestia. Esta condenacion no solo le distraeria, sino que vengaba directamente á Orígenes contra quien habia escrito mucho Teodoro, juzgando al mismo tiempo dar el mas terrible golpe al concilio de Calcedonia que aseguraba él haber aprobado la conducta de Teodoro, á pesar de que aquel santo concilio lo que hizo fue no condenarle. Satisfacia de este modo á un tiempo todos sus malos designios, pues era juntamente acéfalo y origenista. Gozábase mas á su placer en infamar la memoria de Teodoro Mopsuesteno, muerto mucho tiempo antes, porque esperaba revolver contra los ortodoxos sus propias armas; esto es, el método que acababan de acreditar con la condenacion de Orígenes, de no perdonar á los muertos. Dió á conocer las intenciones que tenia á sus partidarios, y con mas estension á la Emperatriz que era la gran protectora de los cismáticos, y entró á hablar al Emperador á tiempo que este Príncipe estaba mas ocupado que nunca inculcando medios de abatir á los acéfalos. „Señor, le dijo, nada

es mas fácil que el disipar las preocupaciones de tantas gentes: inquiétales solo en el concilio de Calcedonia el elogio de Teodoro Mopsuesteno, y el testimonio del catolicismo dado á la carta de Ibas que es enteramente nestoriana. Condenad á Teodoro con esta carta, y no observando en el concilio cosa que los ofenda, le recibirán en todos sus puntos, y de este modo en poco tiempo vuestra soberanía puede restituir tantos dignos hijos á la Iglesia, y adquirir para sí mismo una gloria inmortal.”

Hubiera conocido el menos ingenioso el artificio de esta asechanza; pues habia causa para presumir que un concilio ecuménico declarado por el mismo Emperador tan infalible como las divinas Escrituras, habia aprobado errores capitales. ¿Pero cuántas veces observamos que las personas mas ilustradas en todas las demás materias, caen en los errores mas crasos en punto de religion? Justiniano fue el juguete de Teodoro y de los acéfalos por su presuncion: sumiéronle en los escollos mas peligrosos, moviéndole á representar el papel de árbitro de la fe y de los concilios, y á publicar una condenacion dogmática contra los escritos que han logrado tanta celebridad con el nombre de los tres capítulos. Tal es el título que se dió entonces á las obras de Teodoro, antiguo obispo de Mopsuestia, á las del famoso Theodoreto de Cirro contra los doce anatematismos de San Cirilo, y á la carta de Ibas, obispo de Edesa, á un persa llamado Maris. Aconteció al pie de la letra cuanto Teodoro de Cesaréa habia antevisto. El Emperador, empeñado

en este negocio, tuvo rubor de retroceder, y siguió siempre adelante con riesgo de causar una confusion y trastorno general. Sedujéronle á todo su talante grosero, y olvidando á los acéfalos, á quienes únicamente profesaba odio, se dió de todo punto á perseguir los tres capítulos, que sin disputa merecian la censura de la Iglesia, sin ser ellos solos contra quienes debia recaer.

74. Esparcieron al punto un escrito estraño compuesto por Teodoro, y recomendado con el nombre del Emperador (1). Este es al propio tiempo una obra teológica y un rescripto imperial: una profesion de fe y un juicio dogmático, tan decisivo en los términos y tan absoluto en la sustancia como el de los concilios. Anatematizan en él hasta á personas muertas en paz en el seno de la Iglesia, no obstante de que la potestad de pronunciar anatemas de esta naturaleza era todavía una cuestion muy delicada y hasta entonces reputada como dudosa. Coactaron á todos los obispos á autorizar el rescripto con sus firmas, y muchos de ellos consintieron en ponerlas, menos culpables en la realidad, por estar su conciencia preocupada é ignorante de que se perjudicaba al concilio de Calcedonia.

Tuvo la condescendencia el mismo patriarca Menas de suscribir, despues de haberse opuesto al principio, y de haber representado que esto era contravenir al santo concilio. Estévan, legado del Papa en Constantinopla desde que Pelagio habia regresado á Roma, reprendió con viveza á este prelado, tanto

(1) *Tom. 5. Concilior. pag. 613.*

menos disculpable, cuanto habia ofrecido con la mayor solemnidad obrar siempre de acuerdo con la santa Sede. Contestó al legado, que no habia suscrito sino bajo la promesa confirmada con juramento de que se le devolveria su firma, y se tendria por nula si el obispo de Roma no le diese su aprobacion (1). Pelagio con un gran número de prelados celosos, no dejó de separarse de la comunion de este patriarca y de todos los que tuviesen comunicacion con él mientras no hubiesen dado satisfaccion.

75. Conoció el Emperador que las dificultades y turbulencias se aumentarían cada vez mas, mientras no decidiese el Sumo Pontífice. Escribió, pues, con esfuerzo al Papa Vigilio que viniese á Constantinopla con el pretesto de que su presencia era necesaria para el interés capital de toda la Iglesia. Vigilio partió con tanto mas gusto, cuanto intentaba por su parte mover al Emperador á enviar socorros á Italia contra los godos que tornaban á restablecer su imperio en toda la provincia. Mas en vez de aplicarse como en otro tiempo á los cuidados de la guerra, á la conservacion de las leyes, y á los demás negocios que tenia á su cargo, principiaba Justiniano á representar un personaje vergonzoso y ridículo, empleándose solo en conferencias doctrinales y en vanas disputas de controversia y dialéctica. Así es que un cierto Acacio que conspiró contra él, hacia consistir su principal fuerza en las estravagancias para tornarle despreciable á los ojos de los demás conjurados. Está siempre, es-

(1) *Facund. lib. 4. cap. 3.*

clamaba, sentado en un aposento fallando sobre lo que no entiende: rodéanle en vez de oficiales y guardias, entrada la noche, viejos obispos, ojeando en los libros de la Religión por una curiosidad insaciable, y perdiéndose en especulaciones quiméricas sobre el Ser Divino.

76. Todavía caminaba hácia Constantinopla el Pontífice, cuando el Príncipe le escribió exhortándole á conservar la paz con el patriarca Meunas y con los obispos que habian seguido su ejemplo (1). Al punto que llegó Vigilio, le instó de nuevo el Emperador á que condenase los tres capítulos; y oponiéndose el Vicario de Jesucristo mostró Justiniano tanta violencia, que el Papa exclamó públicamente en una numerosa asamblea: „sabad, que teniendo á Vigilio prisionero no teneis á Simon Pedro, y que los temores de hombre no serán parte á que abandone los deberes de Pontífice.” Algun tiempo despues publicó no obstante su primera decision que se llamó *Judicatum*, ó su sentencia; que es una condenaion de los tres capítulos sin perjuicio del concilio de Calcedonia, y con la condicion de que ninguno agitaria mas estas cuestiones ni de viva voz ni por escrito.

77. Ambos partidos desaprobaron este decreto: los enemigos de los tres capítulos ó acéfalos, por motivo del obsequio que hacia al concilio de Calcedonia; y los defensores de los capítulos, incluso los que sin aprobar la doctrina juzgaban simplemente su condenaion como peligrosa en tales circunstancias. Corrie-

(1) *Vigil. P. Epist. ad legat. Tom. 5. Concilior. pag. 407.*

rón voces nada ventajosas sobre esta primera declaracion de Vigilio entre los obispos de la Iliria, del África y aun en las iglesias de las Galias, á donde dos diáconos de su comitiva y de sus mas íntimos confidentes escribieron contra él. El Pontífice aterrado con estas noticias que llegaron á sus oidos durante el tiempo que permaneció obligado por Justiniano en Constantinopla, propuso al Emperador que congregase los obispos de todas las provincias, á lo menos cinco ó seis de cada una, para fallar de comun consentimiento un negocio que se habia hecho tan interesante. Su interés habia subido aun mas de punto con la circunstancia de que el peligroso obispo de Cesaréa no se mostraba todavía satisfecho. „No podré resolverme yo, dijo Vigilio al Príncipe, á decir por mí solo lo que segun las preocupaciones de muchos parece opuesto á la autoridad del santo concilio de Calcedonia, y escandaliza en extremo á los débiles.” Justiniano le ofreció que sin atencion alguna á lo decidido hasta entonces, se examinaria en un concilio con toda imparcialidad, y se convocaria en particular á los prelados que se creían mas ofendidos de lo que habia acontecido; sobre todo, que hasta la decision del concilio ninguno intentaria cosa alguna acerca de los tres capítulos. Fueron testigos de esta convencion entre las personas augustas del Papa y del Emperador, las personas mas respetables de los dos partidos, los grandes de la corte y el senado pleno; pero no por esto fue mejor observada.

78. Principiaron al instante á exigir del Papa, en

contravencion de lo acordado con tanta solemnidad, que condenase los tres capítulos con los obispos de la Grecia, si los demás se negaban á ello. Vigilio lo rehusó; y Teodoro de Cesaréa hizo publicar de nuevo el famoso edicto formado anteriormente así por él como por el Emperador; llegando á tanto su audacia, que le hizo fijar públicamente en la casa de Placidia donde el Papa estaba hospedado. Cometió otros muchos escesos contrarios igualmente á la convencion acordada y al orden gerárquico. No quiso ya entonces Vigilio comunicar con este falso novador, ni aun hablarle: de lo que concibió Justiniano tanta indignacion, que el Papa se vió reducido á buscar un asilo en la iglesia de San Pedro. Enviaron la tropa destinada por oficio á perseguir á los malhechores, para arrancarle por fuerza (1). Los satélites penetraron en el lugar santo con la espada desnuda y el arco tirante, á cuyo aspecto el Papa se ocultó bajo el altar, y con los brazos y las piernas se abrazó á las columnas que sostenian la mesa. Alejaron brutalmente los soldados á los diáconos y á los demás eclesiásticos de la compañía del Pontífice, agarrándolos de los cabellos, los cuales cercaban el altar oponiendo como una barrera. Pretendieron luego sacar al mismo Pontífice tirándole por los pies, por los cabellos y por la barba; pero como se oponia con todas sus fuerzas, y era hombre alto y robusto, se rompieron algunas columnas sin hacerle ceder. El pueblo que concurrió á este extraño espectáculo, y aun algunos de los mis-

(1) *Theophan. an. 20. pag. 192.*

mos soldados indignados de la violencia de los otros, comenzaron entonces á dar gritos semejantes al principio de una sedicion.

79. Juzgó el oficial que mandaba aquella tropa, que lo mejor que podia hacer era buscar su seguridad en la fuga. Quedó horrorizada la corte misma, y siguieron á la violencia las negociaciones, siendo tales las promesas y los juramentos, que le obligaron á volver á su habitacion ordinaria. Causó alguna inquietud en su ánimo el salir de su asilo; mas le pareció que arriesgaba menos en hacer por su voluntad lo que conoia que antes ó despues podia obligarle á practicar la potestad soberana. Cumplieron cuantas palabras le habian dado del modo que acostumbran los griegos; de suerte que llegó la indignidad hasta maltratar al Papa en su persona, y aun mas indignamente á los obispos de su partido. Elevó sus amargas quejas una y otra vez, reclamando la fe de los juramentos; y crecieron aun mas los malos tratamientos. Conoció por último que se guardaban todas las entradas y salidas del palacio donde estaba alojado, y esto con tan poco miramiento, que desde su cuarto se oían las voces de los soldados. Logró fugarse en esta estremidad durante la noche: saltó la muralla, y en los mas grandes rigores del invierno dos dias antes de Navidad, con trabajos inmensos y no menos peligros huyó de Constantinopla. Atravesando entonces el Bósforo se refugió en la iglesia de Santa Eufemia de Calcedonia, donde se habia celebrado el concilio que defendia contra los acéfalos.

Justiniano intentó obligarle todavía á regresar, y le envió una diputacion de los señores mas distinguidos de la corte con el famoso Belisario á su cabeza. El Papa contestó decisivamente, que no saldria de Santa Eufemia, á no ser que la causa de la Iglesia se terminase como convenia. Que apreciaba en poco unos juramentos tantas veces violados. Que sin estos insuficientes fiadores tornaria á Constantinopla luego que volviesen las cosas al orden natural, y se removiese el escándalo que desolaba el rebaño de Jesucristo. Despues hizo ver con un tono patético todos los males acaecidos desde que el Emperador, usurpando los derechos del sacerdocio por las sugeriones de un obispo cismático, habia publicado su edicto doctrinal sobre los tres capítulos; y al acabar su discurso dijo á los diputados: „ministros ilustres y piadosos, yo os conjuro por el terrible juicio del Rey eterno, que corrais y digais de mi parte al que solo es Soberano por algunos momentos: reo os haceis de un enorme delito, si depositais vuestra confianza en los enemigos declarados de la Iglesia, y principalmente en Teodoro de Cesaréa.” Produjeron el efecto que era de esperar tales palabras pronunciadas con vehemencia, pues satisficieron á Vigilio acerca de Teodoro y de sus partidarios. Remitiéronle una confesion de fe, en la que como ellos dicen, para conservar la unidad eclesiástica, admitian los cuatro concilios generales de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, y ofrecian seguir inviolablemente todo cuanto habian decidido con el consentimiento de los legados de la santa

Sede, por cuyo medio los Papas habian presidido en ellos. Esta circunstancia convence sin dejar lugar á la duda, de que los Papas presidieron en efecto por sus representantes en todos los concilios generales, y que los orientales lo sabian.

80. Remitió la misma profesion de fe Mennas de Constantinopla; y esta es la última accion suya de que nos queda noticia, pues falleció de allí á poco. Así reparó en cierto modo el escándalo de sus conexiones con unos cismáticos artificiosos, que aunque se explicaban como él, opinaban de muy distinto modo. Unia á grandes virtudes una intencion recta y un amor verdadero á la Iglesia, que le cuenta en el número de los Santos.

81. Aconteció en su tiempo un milagro muy célebre, y muy bien atestiguado para guardar silencio sobre él. Acostumbrábase en Constantinopla desde muy antiguo, y así se hizo por lo menos hasta el siglo décimocuarto, á mandar venir á los niños inocentes de las escuelas menores á consumir las partículas del cuerpo de Jesucristo, que quedan despues de la comunión de los adultos. Vino un dia con estos niños el de un judío vidriero de profesion, que como regresase á la casa paterna mas tarde de lo que acostumbraba, le preguntaron sus padres el motivo y les refirió ingénuamente el suceso. Ató á su hijo el padre enfurecido, y esperando el instante en que la madre se ausentase, le arrojó al horno (1). Desolada la madre buscó á su hijo por toda la ciudad;

(1) *Evagr. lib. 4. hist. cap. 29.*